Miguel Hernández entre dos generaciones

Joaquín Juan Penalva

Doctor en Filología Hispánica

A LO LARGO DE LA HISTORIA de la literatura española, no son demasiados los casos de «ascensión generacional». Uno de los más importantes es el de Miguel Hernández, a quien se suele estudiar como epígono o continuador de los poetas del 27. Miguel Hernández, quien, en muy pocos años, la década del treinta, recorrió todas las cuerdas estéticas –neogongorismo, neorromanticismo, compromiso social, compromiso individual e interiorización–, ha logrado así escapar de su propia promoción literaria, la del 36, que actualmente se encuentra perdida en un limbo taxonómico. Aunque este hecho ha contribuido al mejor conocimiento de su obra, lo cierto es que ha acabado por borrar de las letras españolas a toda una promoción, de la que Miguel Hernández era uno de sus representantes más destacados.

El método de las generaciones literarias, heredado directamente de la sociología, es uno de los más polémicos dentro de los estudios literarios. En el caso español, se ha echado mano de él para explicar buena parte de la literatura del siglo XX –generación del 98, del 14, del 27, del 36, del 50, del 68...–, y si ha tenido un desarrollo tan amplio es por el hecho de que permite asociar varios nombres y unas características específicas a un mismo concepto, lo que resulta muy pedagógico. Tanto si aceptamos el método generacional como si no, la literatura se nos presenta como un *continuum* que hay que asumir como tal, aunque nosotros lo parcelemos de acuerdo con unos parámetros determinados. En España, el concepto de generación literaria arranca fundamentalmente de Ortega y ha tenido un extraordinario desarrollo, mucho mayor que en cualquier otro país europeo.

Si bien las generaciones literarias por excelencia del siglo XX español son la del 98 –fundamentalmente de prosistas– y la del 27 –principalmente de poetas–, durante un tiempo empezó a divulgarse el marbete de «generación del 36», sobre el que se ha ido articulando cierta bibliografía y que cuenta, con respecto a los anteriores,

La segunda cripta del Pombo –Gómez de la Serna, Bergamín, Falla, García Lorca, Unamuno y Marañón, entre otros– por A. Palmero (Museo de Pontevedra)

Retrato de Gustavo Adolfo Bécquer, de Valeriano Bécquer, 1861

con una dificultad añadida: en ocasiones, algunos estudiosos y protagonistas del periodo se han referido a los jóvenes del 36 no como generación de escritores, sino como generación sociológica.

Aunque la generación del 36 no nació escindida ideológicamente, sus miembros tuvieron que definirse políticamente a raíz de la Guerra Civil, lo que los convirtió, a su término, en vencedores y vencidos. 1936 no es, ni mucho menos, el año de la plenitud creativa de sus componentes, sino tan solo la fecha inaugural. Todos alcanzaron su voz poética en fechas posteriores a la contienda y publicaron sus libros de madurez durante las décadas siguientes. Si cronológicamente los del 36 se insertan en los sucesivos tramos de la poesía de posguerra, hay que precisar que muchos de ellos se exiliaron y continuaron su labor creadora fuera de España. La mitad vencedora permaneció en el país, mientras que el resto quedó perdido para siempre entre la vasta nómina de la «España peregrina».

La figura de Miguel Hernández no solo ha logrado trascender a su generación, sino que también ha conseguido casi borrarla, pues si situamos al poeta oriolano entre los poetas del 27, la generación del 36 puede dejar de existir, ya que, tras la guerra, sus miembros pasaron a formar parte de otras realidades poéticas: grupo de *Escorial*, poesía de posguerra, exilio... En estas páginas, indicaremos las relaciones personales y literarias existentes entre los miembros de la generación antes de la guerra, nos detendremos en los primeros libros de poemas y, por último, daremos cuenta de la situación a que se vieron abocados algunos de ellos tras la contienda.

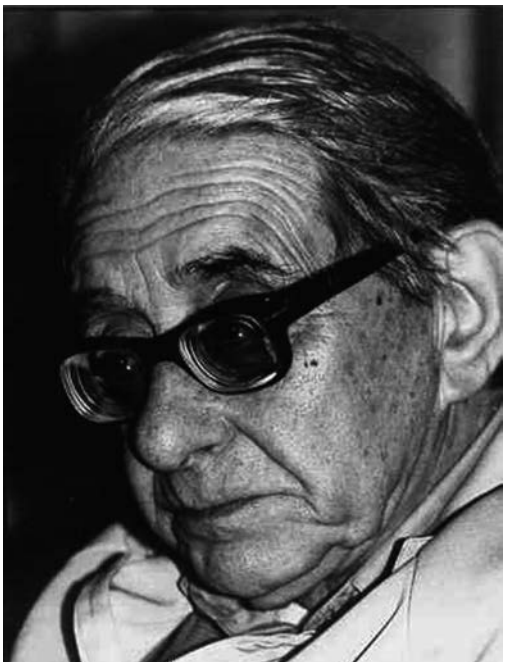
Uno de los ejes fundamentales para entender la poesía del 36 es el de la rehumanización. El concepto de rehumanización se acuñó tempranamente y, desde entonces, ha servido para caracterizar la creación poética de algunos autores que permanecieron en España después de 1939. Junto al de rehumanización también ha tenido éxito el término neorromanticismo, que se lanzó sobre todo a partir de 1936, cuando se celebró el centenario del nacimiento de Gustavo Adolfo Bécquer, efemérides que quedó en parte eclipsada por el cuarto centenario de la muerte de Garcilaso. Frente al modelo del 27 –Góngora–, los del 36 optan por Garcilaso y Bécquer. Y si estos son los maestros del pasado, también hay maestros del presente: Machado, Neruda, Vallejo...

«Generación del 36»: bosquejo de una trayectoria crítica

El término «generación del 36» ha seguido una accidentada trayectoria crítica que recorreremos brevemente aquí. La existencia o no de la generación del 36 es uno de los temas más discutidos de la poesía española de los años treinta. Aunque casi todos los críticos están de acuerdo en el marbete empleado, algunos, como Gonzalo Torrente Ballester, prefieren hablar de generación del 35 o de la República. Si se adelanta la fecha hasta 1935 es porque en ese año vieron la luz los primeros libros poéticos de autores como Luis Rosales

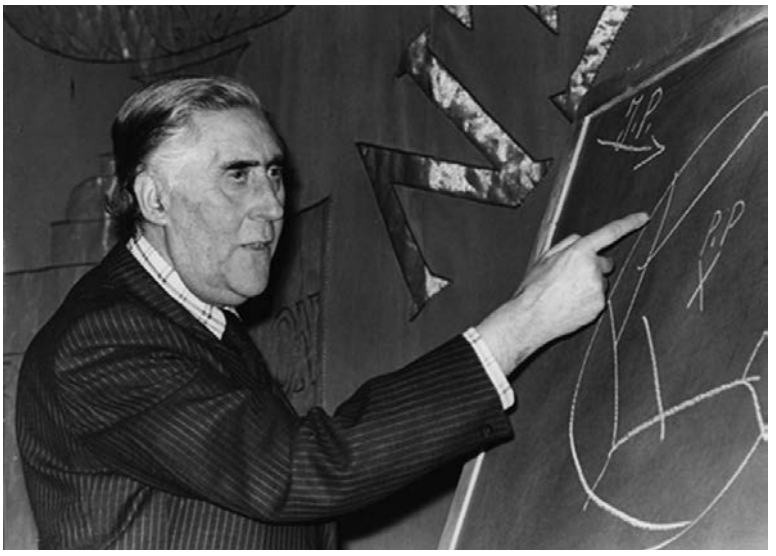
–*Abril*– o Germán Bleiberg –*El cantar de la noche*–. Mucho más discutible es el de generación de la República, que también se intentó aplicar a los poetas del 27. Con todo, parece que más determinante que lo anterior fue la fecha de 1936. En primer lugar, porque ese fue el auténtico año inaugural de la nueva estética, de la que *Abril* había sido un claro anuncio y que tendría su continuación en libros como *El rayo que no cesa*, de Miguel Hernández, *Cantos del ofrecimiento*, de Juan Panero, y *Cantos de primavera*, de Luis Felipe Vivanco; en segundo lugar, porque el acontecimiento histórico que más influyó en sus miembros fue la Guerra Civil, hasta el punto de dividirlos en dos bandos irreconciliables prácticamente hasta medio siglo después.

Hasta 1936, lo que encontramos es una serie de intelectuales, sobre todo poetas, que, independientemente de sus ideas políticas, desarrollaron un tipo de escritura basada en unos mismos presupuestos. En principio, podemos hablar de generación de poetas, pero enseguida descubriremos a novelistas, ensayistas y filólogos pertenecientes a ese mismo grupo. La Guerra Civil, por un lado, acotó el hito temporal, y, por otro, los marcó de por vida, actuando como la placa fotográfica que fija un instante de tiempo, al retratar a la generación en un momento en que todavía era un grupo homogéneo, naciente. Aquel acontecimiento pronto encontraría justa traslación en su poesía, en «la expresión de intimidad amorosa de tono romántico, el intento de captar la experiencia cotidiana, un arraigado sentimiento religioso, la preocupación por el tema España, una aguda conciencia temporalista y cierta tendencia al poema autobiográfico», como apunta Ruiz Soriano (1997: 22) al referirse a la evolución posterior que sufrieron los autores del 36, que, si bien empezaron cultivando estrofas clásicas y heredaron una tradición neoclasicista y garcilasista, pronto iniciaron el camino hacia la rehumanización. Esa evolución sería común a todos los miembros del grupo y se prolongaría incluso después de la contienda, cuando iniciaron un repliegue hacia lo íntimo y lo cotidiano, donde encontraron su voz poética.



Gonzalo Torrente Ballester

En unos años de tanta agitación política, la literatura pasó a segundo plano y, para algunos críticos, tras el 27 la poesía española entraría en una fase de decadencia de la que solo saldría en la década del cincuenta, con el auge de la poesía social. Por eso hubo un intento de legitimación de la generación del 36 –cuyos miembros habían quedado dispersos por la geografía mundial, si no habían muerto o estaban presos– los días 10 y 11 de noviembre de 1967 en la Universidad de Syracuse. Muchos de los autores implicados en aquel grupo trataron de justificar su causa y prácticamente se inventaron a sí mismos. En Syracuse no tuvieron que sacarse del sombrero una generación, que ya había sido acuñada por Homero Serís en 1945, sino consolidarla dedicándole un congreso: «Quizás el intento más serio de configurar esta generación se debe a la revista universitaria norteamericana *Symposium* (1968). Ese número es el resultado de un Congreso, homenaje a Homero Serís, con el presente tema como monográfico» (Mateo Gambarte, 1996: 181-182).



Ricardo Gullón

Las actas de aquel congreso reunían las intervenciones más relevantes, empezando por una historia del término a cargo de los editores del volumen. La etiqueta, que se consolidó en aquel encuentro, había tenido intentos serios de fijación, sobre todo por parte de Homero Serís (al parecer, Pedro de Lorenzo la acuñó antes incluso que Serís, en su artículo «Una fecha para nuestra generación: 1936», publicado en *Juventud* el 8 de abril de 1943); la propuesta fue rebatida por Guillermo de Torre y corroborada por Ricardo Gullón.

Si hay un tópico referido a la generación del 36, ese es el de generación destruida. La metáfora la empleó originalmente, en *Memoria de una generación destruida*, Guillermo Díaz-Plaja, uno de los miembros de la misma, y con ella vino a señalar una de las circunstancias determinantes para su existencia. Junto a Homero Serís, el crítico que más ha contribuido a la fijación conceptual de la generación del 36 ha sido Ricardo Gullón, quien, además, es uno de los prosistas y ensayistas de dicho grupo. Gullón dedicó parte de sus reflexiones a explicar la pertinencia o no de hablar de generación al referirse al grupo de intelectuales en el que se incluía. En «La generación de 1936» reflexiona sobre el fenómeno generacional desde dentro de sus filas, llegando a la conclusión de que lo que les aglutinaría a todos sería una determinada forma de concebir la vida y un particular talante frente a ella (Gullón, 1969: 166):

> *La generación de 1936 no puede ser considerada «de derechas» ni «de izquierdas», según las clasificaciones tanto tiempo predominantes. Es una generación moderada, tolerante y comprensiva, enemiga de convencionalismos y banderías. De ella no podría decirse con justicia que haya contribuido a ensanchar la división existente entre los españoles. Creyentes o incrédulos propugnan, con raras excepciones, la concordia y la tolerancia. No serán ellos, creo, quienes enciendan hogueras donde quemar las obras del adversario, y menos al adversario.*

Gullón se refiere, por un lado, a los años de la preguerra, cuando no había escisión ideológica entre sus miembros, y, por otro, a los años de la posguerra, cuando los intelectuales de dicha generación que permanecieron en España intentaron estrechar las distancias con los escritores en el exilio. Otra cosa es que lo consiguieran o no, pero para Gullón no hay ninguna duda acerca del carácter aperturista de sus compañeros. Muy interesante es la nómina de la generación del 36 proporcionada por este autor, sobre todo si tenemos en cuenta que se trata de una información de primera mano sobre los protagonistas. Los criterios generacionales que sigue no son rígidos, al tener en cuenta demasiadas variables en la configuración del verdadero ambiente cultural en la preguerra. Sin embargo, esta nómina puede servirnos para perfilar a la joven intelectualidad de la época, que, no lo olvidemos, en los años de la preguerra convivía con quienes eran los grandes maestros de la literatura española –autores del 98, del 14 y del 27– (Gullón, 1969: 166-167):

> *Llegado a este punto considero conveniente señalar los nombres de quienes,*

a mi juicio, figuran en la generación de 1936. No entro en materia sin antes haber reflexionado sobre el criterio más adecuado para redactar la nómina de quienes la constituyen, advirtiendo desde luego que queda abierta a eventuales rectificaciones; después de algunas vacilaciones he optado por aceptar una norma algo ambigua, pero bastante clara, que tiene en cuenta simultáneamente la edad, la dedicación a la literatura en la fecha (1936) señalada como definitoria de la generación, la convivencia, la publicación en las mismas revistas, colecciones literarias, diarios y otras publicaciones, y la participación en las experiencias de la época desde los mismos círculos de acción.

Los poetas de la generación, según esta norma, serían: Miguel Hernández, Luis Rosales, Leopoldo y Juan Panero, Luis Felipe Vivanco, Ildefonso-Manuel Gil, Germán Bleiberg, José Antonio Muñoz Rojas, José María Luelmo, Pedro Pérez Clotet, Rafael Duyos, Gabriel Celaya, Arturo Serrano Plaja y Juan Gil-Albert. En el grupo de prosistas figurarían: Enrique Azcoaga, José Antonio Maravall, Antonio Sánchez Barbudo, Ramón Faraldo, Eusebio García Luengo, María Zambrano, Antonio Rodríguez Moñino, José Ferrater Mora y yo mismo.

A este núcleo central de la generación es preciso añadir los nombres de quienes se incorporan a ella durante la guerra civil, o inmediatamente después de acabar esta, y que desde antes puede decirse que figuraban idealmente junto a los ya dichos: Dionisio Ridruejo, José Luis Cano, Ramón de Garciasol, Pedro Laín Entralgo, Juan López Morillas, José Luis Aranguren, Francisco Yndurain, Julián Marías, Segundo Serrano Poncela, José Antonio Gaya Nuño, José Suárez Carreño, Jorge Campos, Ernesto G. da Cal y José Manuel Blecua. Hay escritores de incorporación más tardía, pero a quienes no sería abusivo incluir entre los recién citados: ejemplos, Concha Zardoya, Juan Ruiz Peña, Luis Monguió, Carlos Clavería y Antonio Rodríguez Huéscar.

En la década del setenta se emprendieron dos proyectos editoriales que pretendían antologar conjuntamente a los poetas del 36. La primera tentativa se tradujo en un volumen editado por Plaza & Janés a cargo del poeta Luis Jiménez Martos, quien intenta ser demasiado abarcador al incluir nombres que, aunque cronológicamente pertenecen a la misma, por todo lo demás quedarían fuera del concepto de generación del 36 que intentamos perfilar aquí –es el caso de Gabriel Celaya, cuyo nombre quedará ligado para siempre a la poesía social–. Entre las características fundamentales que señala Jiménez Martos podemos destacar el sentimiento religioso, esencial para entender la poesía de alguno de los poetas de este grupo: «El impulso de religiosidad estuvo al comienzo de la trayectoria de la *generación de 1936*. Y ese impulso la sigue acompañando» (1987: 39). La nómina de los incluidos en la antología es un tanto extensa, pero no falta en ella ninguno de los grandes nombres: Juan Alcaide Sánchez, Enrique Azcoaga,

Manuel Altolaguirre, retratado en el exilio por Moreno Villa en 1949

Germán Bleiberg, José Luis Cano, Gabriel Celaya, Carmen Conde, Guillermo Díaz-Plaja, Pedro García Cabrera, Ildefonso-Manuel Gil, Juan Gil-Albert, Fernando Gutiérrez, Miguel Hernández, Federico Muelas, José Antonio Muñoz Rojas, Juan Panero, Leopoldo Panero, Francisco Pino, Dionisio Ridruejo, Carlos Rodríguez Spiteri, Félix Ros, Luis Rosales, Juan Ruiz Peña, Rafael Santos Torroella, Arturo Serrano Plaja y Luis Felipe Vivanco.

Francisco Pérez Gutiérrez, en la segunda tentativa de antologar la generación, reduce el número de antologados a once, todos ellos también incluidos en el volumen editado por Jiménez Martos: Germán Bleiberg, Gabriel Celaya, Ildefonso-Manuel Gil, Juan Gil-Albert, Miguel Hernández, Juan Panero, Leopoldo Panero, Dionisio Ridruejo, Luis Rosales, Arturo Serrano Plaja y Luis Felipe Vivanco. Pérez Gutiérrez, valiéndose de unas declaraciones de Ildefonso-Manuel Gil, uno de los seleccionados, llega a las siguientes conclusiones (Pérez Gutiérrez: 1984, 9):

> *Así, pues, de acuerdo con I. M. Gil, tendríamos que la generación del 36 estuvo constituida: 1) por españoles a los que la guerra marcó, de un modo o de otro, dolorosamente; 2) cuyo destino como escritores consistió en expresar aquella realidad (tarea solo en parte realizada), y 3) para lo cual hubieron de reaccionar contra el esteticismo de la generación anterior. Se echa de ver enseguida que falta algo para que la definición resulte del todo satisfactoria: ese algo se halla en cierto modo implícito en la segunda nota. Efectivamente si se les adscribe como destino literario la guerra, parece apuntarse al hecho de que eran jóvenes, de que su obra poética les aguardaba en un futuro que no por ser entonces más que improbable dejaba de constituir –paradójicamente– su único patrimonio.*

La generación se puede dividir en dos grupos según el bando por que optaron durante la guerra: el de *Hora de España* y el de *Escorial* –acaso sería mejor referirnos a él como grupo de *Jerarquía*, pues *Escorial* no se publicó hasta 1940– (Pérez Gutiérrez: 1984, 11-12). Es, como ya hemos apuntado, una escisión irreparable entre los miembros de una promoción que había nacido a las letras en los años de la Segunda República. Aunque aquí nos referimos únicamente a los poetas, todo cuanto se ha venido afirmando podría aplicarse a autores como Laín Entralgo, Aranguren, Torrente Ballester o Antonio Tovar, por citar solo algunos de los nombres que señalaba Gullón.

El más joven de los incluidos en la antología de Pérez Gutiérrez es el madrileño Germán Bleiberg, nacido en 1915; el mayor, Juan Gil-Albert, nacido en Alcoy en 1904 (aunque él se quitara años y se dijera nacido en 1906). La inclusión de Gil-Albert dentro de esta generación acaso pueda resultar un tanto sorprendente, pero, a pesar de su valoración tardía y de sus años de exilio, el escritor alcoyano publicó sus primeros libros al tiempo que el resto de compañeros de generación. Todos ellos procedían de una extracción social común, la burguesía media o alta, y habían cursado estudios universitarios: Filosofía y Letras, Derecho o incluso Arquitectura.

Tertulia en la que aparecen muchos de los poetas considerados «arraigados». De izquierda a derecha: Luis Felipe Vivanco, Luis Rosales, Rodrigo Uría, Dionisio Ridruejo, Pedro Laín, Torrente Ballester y Antonio Tovar

Solo hay una excepción sonada: Miguel Hernández, el poeta oriolano nacido en 1910, que no pasó por la universidad y cuyo origen campesino disonaba dentro del conjunto.

La generación del 36 antes de la guerra

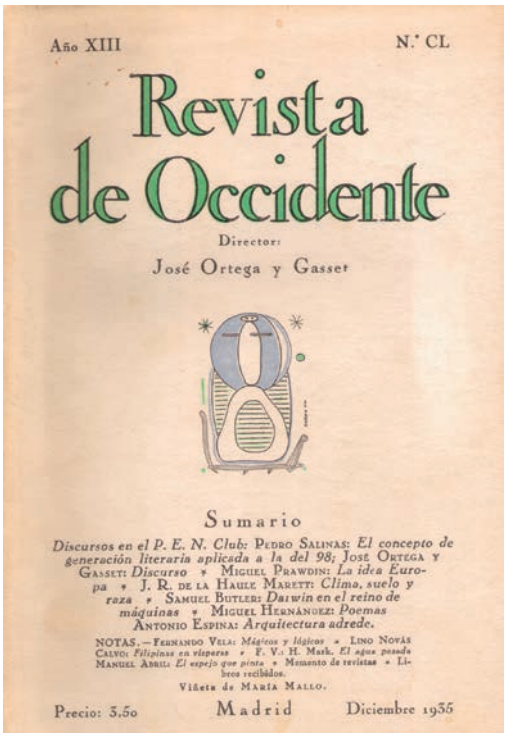
Los años de formación de los jóvenes literatos del 36 coincidieron con los de la Segunda República, cuando todavía estaban en su plenitud creativa los dos grandes grupos literarios del primer tercio del siglo XX: los autores del 98 y, sobre todo, los poetas del 27. Estos últimos fueron, por tanto, sus maestros: colaboraban en las mismas revistas, asistían a las mismas tertulias y tenían lecturas comunes. La ciudad donde se reunieron fue Madrid, adonde llegaron desde diferentes provincias españolas: Miguel Hernández y Juan Gil-Albert eran de Alicante, los hermanos Panero, Ricardo Gullón y Luis Alonso Luengo provenían de León, Ridruejo era de Soria, Luis Rosales de Granada... Muchos de ellos fueron a Madrid para estudiar en la Universidad, concentrándose sobre todo en las facultades de Derecho y de Filosofía y Letras.

Durante aquellos años, los poetas pertenecientes a la órbita del 36 se iniciaron a las letras y entablaron relaciones entre sí. Salvo alguna excepción, no publicaron sus primeros libros hasta mediados de la década. Esa iniciación literaria se tradujo en diversas colaboraciones en revistas y periódicos, como muy bien ha señalado Raffucci de Lockwood: en *El Sol*, ensayos de Leopoldo Panero, Serrano Plaja, Sánchez Barbudo, Maravall; en *Revista de Occidente*, ensayos y poemas de Marías, Miguel Hernández, Germán Bleiberg, Rosales, Gullón, Muñoz Rojas; en *Cruz y Raya*, Miguel Hernández, Rosales, Vivanco, Muñoz Rojas, Marías; en *Los Cuatro Vientos*, Vivanco; en *El Gallo Crisis*, Miguel Hernández, Vivanco, Rosales; en *Caballo Verde*

Julián Marías

para la Poesía, Miguel Hernández, Serrano Plaja y Leopoldo Panero; en *El Tiempo Presente*, Leopoldo Panero y Serrano Plaja; en *Isla*, Gullón, Azcoaga, Miguel Hernández, Juan Panero, Maravall, Sánchez Barbudo, Gil-Albert... Ello sin contar con que fundan sus propias revistas: Maravall y Leopoldo Panero, *Nueva Revista* (1929); Gullón e Ildefonso-Manuel Gil, *Brújula* (1930) y *Literatura* (1934); Sánchez

Juan Gil-Albert


Año XIII N.º CL

Revista de Occidente

Director:
José Ortega y Gasset

Sumario

Discursos en el P. E. N. Club: Pedro Salinas: *El concepto de generación literaria aplicada a la del 98*; José Ortega y Gasset: *Discurso* • Miguel Prawdin: *La idea Europa* • J. R. de la Haule Maretti: *Clima, suelo y raza* • Samuel Butler: *Darwin en el reino de máquinas* • Miguel Hernández: *Poemas* Antonio Espina: *Arquitectura adrede.*

NOTAS.—Fernando Vela: *Mágicos y lógicos* • Lino Novás Calvo: *Filipinas en vísperas* • F. V.: H. Mark. *El agua pasada* Manuel Abril: *El espejo que pinta* • Memento de revistas • Libros recibidos.

Viñeta de María Mallo.

Precio: 3,50 Madrid Diciembre 1935

Barbudo, Serrano Plaja y Enrique Azcoaga, *Hoja Literaria* (1933) (Raffucci de Lockwood, 1974: 11-12).

En un tiempo en que se nacía a la literatura en las revistas culturales o específicamente literarias y poéticas, su inclusión dentro de ellas puede dar cuenta de la existencia de un grupo en ciernes que iba accediendo a los resortes de la cultura en la década del treinta. Todos ellos colaboraron en publicaciones no exclusivamente madrileñas, sino también periféricas, como *El Gallo Crisis*, de Orihuela, o *Isla*, de Cádiz. Valiéndonos del panorama general de las revistas del periodo trazado por Rafael Osuna, podemos rastrear la presencia de algunos poetas de la generación. Así, Germán Bleiberg participó en *Cuadernos de Madrid* (1939) y José Luis Cano en *Sur* (1935-1936). Carmen Conde, una de las pocas mujeres del grupo –al cual también pertenece Ángela Figuera Aymerich, nacida en 1903–, colaboraba en *Sudeste* (1930-1931), de Murcia. Ildefonso-Manuel Gil, además de dirigir *Brújula* (1932), *Boletín Último* (1932) y *Literatura* (1934), esta última con Ricardo Gullón, escribió en *Tensor* (1935). Juan Gil-Albert fue uno de los responsables de *El Buque Rojo*, que salió en Valencia, de mano de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, el 3 de diciembre de 1936, pero es mucho más conocido por sus escritos en *Hora de España* (1937-1938). Miguel Hernández, por ejemplo, publicó su *Perito en lunas* en la colección poética de la revista *Sudeste* y colaboró, entre otras publicaciones, en *El Gallo Crisis* (1935-1936) y *Caballo Verde para la Poesía*. Francisco Pino, a quien por edad también se ha incluido en ocasiones en la nómina de autores del 36, fue responsable, junto a José María Luelmo, de *Meseta* (1928), *DDOOSS* (1931) y *A la Nueva Ventura* (1934), todas ellas de Valladolid. Félix Ros también participó en *El Gallo* oriolano y, por último, Arturo Serrano Plaja lo hizo en *Hora de España*, *El Tiempo Presente* (1935) –de la que fue director–, *Hoja Literaria*, *Caballo Verde para la Poesía* y, tras la guerra, en la revista *De Mar a Mar* (1942-1943), publicada en Buenos Aires.

Desde diversos puntos de España, estas jóvenes promesas de la literatura española llegaron a Madrid en torno a 1930, donde fueron estrechando sus lazos hasta que los miembros más destacados del grupo vieron publicados sus primeros libros de poemas en 1935 y 1936. Junto a los poetas, también llegaron a Madrid algunos prosistas y ensayistas.

Los libros inaugurales: *El rayo que no cesa*

Los poetas de la órbita del 36, que habían venido publicando, con mayor o menor asiduidad, sus composiciones en la prensa de la época, pronto vieron cómo empezaban a editarse sus primeros libros de poemas, fundamentalmente entre 1935 y 1936, aunque, en algunos casos, esa fecha se adelantara algunos años. Miguel Hernández fue uno de los más precoces,

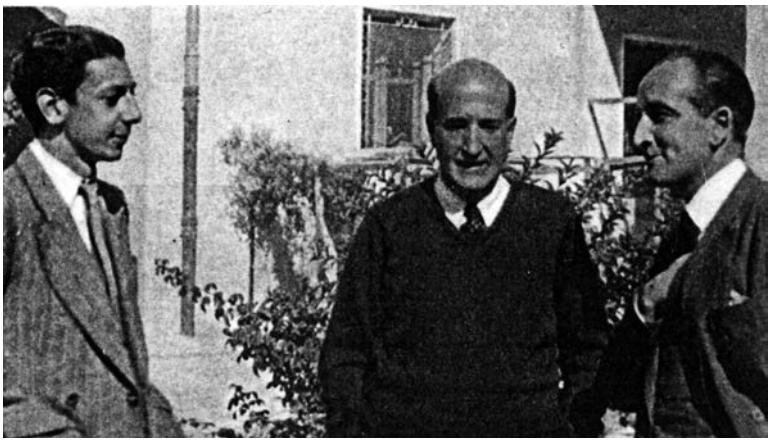
al publicar su *Perito en lunas* en 1933, en la colección Sudeste, de Murcia –era una edición limitada a 300 ejemplares–. Predomina en *Perito en lunas* la construcción neogongorina, muy lejos de la rehumanización que se encuentra en su segundo poemario, *El rayo que no cesa* (*El silbo vulnerado*, de 1934, se publicó en revistas, nunca en forma de libro).

La precocidad en la publicación de Miguel Hernández es tal vez la causa mayor de su ascenso generacional, como epígono del grupo del 27, con cuyos miembros estrechó sus lazos de amistad más que con los jóvenes del 36. A pesar de ello, y teniendo en cuenta que fue el único autor del 36 que no había pasado por la universidad, en todo lo demás el poeta oriolano es perfectamente asimilable a sus compañeros de promoción. El 30 de noviembre de 1931 emprendió su primer viaje a Madrid, de donde regresó el 15 de mayo de 1932 sin haber conseguido un lugar dentro del mundo literario de la capital. Volvió en marzo de 1934, esta vez para quedarse, pues le dejaron paso franco en diversas publicaciones, y desde la primavera de 1935 trabajó como secretario de José María de Cossío en su famosa enciclopedia sobre los toros. El primer viaje de Hernández coincide en el tiempo con la primera estancia en la capital española de poetas como Rosales o los hermanos Panero. Por el carácter fundacional de *El rayo que no cesa*, libro inaugural del 36 junto con *Abril*, le dedicamos atención especial más adelante.

Lo que en 1933 habían sido ejemplos aislados, en 1934 fue ya un fenómeno de grupo, sin llegar todavía a la eclosión de los dos años siguientes. En 1934 se puede destacar la publicación de *La voz cálida*, de Ildefonso-Manuel Gil; *Júbilos*, de Carmen Conde; *Sombra indecisa*, de Arturo Serrano Plaja; y *Primavera portátil*, de Adriano del Valle. Todos menos Adriano del Valle habían nacido durante los primeros años del siglo y habían empezado su carrera literaria en el Madrid de la Segunda República. Lo publicado en 1934 no fue más que un tímido anuncio de lo que vendría en 1935 y 1936. Del primer año son *Marea de silencio*, de Gabriel Celaya; *Abril*, de Luis Rosales; *Plural*, de Dionisio Ridruejo; y *El cantar de la noche*, de Germán Bleiberg (aparecido en la colección La Tentativa Poética, de Manuel Altolaguirre y Concha Méndez; en otra colección de Altolaguirre, Héroe, se publicaron *El rayo que no cesa*, *Sonetos amorosos*, *Cantos del ofrecimiento* y *Cantos de primavera*). De 1936 son *El rayo que no cesa*, de Miguel Hernández; *Sonetos amorosos*, de Germán Bleiberg; *Misteriosa presencia* y *Candente horror*, de Juan Gil-Albert; *Destierro infinito*, de Arturo Serrano Plaja; *Cantos del ofrecimiento*, de Juan Panero; y *Cantos de primavera*, de Luis Felipe Vivanco.

Tradicionalmente se ha considerado *El rayo que no cesa* como el título inaugural de la generación del 36 junto con *Abril*, de Rosales, además de como la primera manifestación madura de la voz poética de Miguel Hernández. Lo traemos aquí a colación en tan reducido espacio únicamente para hacernos eco de su influencia en la

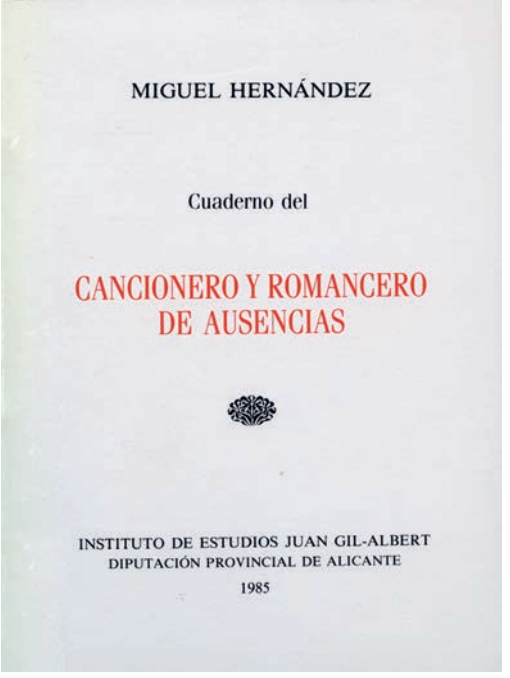
José María de Cossío
(Fundación Cultural Miguel Hernández)



José María Valverde y Leopoldo Panero con Vicente Aleixandre en Madrid (Foto de Dámaso Alonso)

rehumanización poética de aquellos años. Hernández pertenece a aquellos poetas del 36 que vivieron directísimamente las consecuencias de la Guerra Civil; en su caso, un auténtico peregrinaje por las cárceles peninsulares, hasta su muerte de tuberculosis en la prisión de Alicante en 1942. Curiosamente, todos los autores del 36 tuvieron una evolución estética paralela, tanto aquellos que se quedaron en España tras la contienda como los que continuaron su labor literaria en el exilio.

El rayo que no cesa, al igual que los primeros libros de Juan Panero y Luis Felipe Vivanco, apareció en la colección Héroe,



que dirigía el poeta e impresor Manuel Altolaguirre (con el mismo nombre había salido una revista en los años 1932-1933, auspiciada por Altolaguirre y Concha Méndez). Se publicó en enero de 1936, lo que indica que se gestó, como tarde, durante el año anterior. *El rayo que no cesa* es una colección de sonetos amorosos entre los cuales se intercalan tres poemas largos. El libro consta de un total de treinta composiciones, de las que veintisiete son sonetos. Fuera del esquema métrico del soneto quedan «Un carnívoro cuchillo», escrito en cuartetas; «Me llamo barro aunque Miguel me llame», donde el autor emplea diversas combinaciones de versos endecasílabos; y la famosa «Elegía» a Ramón Sijé, compuesta en tercetos encadenados e incorporada como añadido a *El rayo que no cesa* tras la repentina muerte del director de *El Gallo Crisis*. Esta última composición, por tanto, no pertenecía a ese ciclo de poemas amorosos que encontramos en el resto del volumen. La crítica ha señalado en diversas ocasiones la importancia de este libro a la hora de trazar la evolución poética de Miguel Hernández. Así, según el profesor Guillermo Carnero, *El rayo que no cesa* inauguraba una segunda etapa dentro de la obra del poeta oriolano, caracterizada por la «humanización» de su poesía (1922: 151):

> *Se puede definir un segundo periodo creativo en Miguel Hernández, en torno a* El rayo que no cesa *(1936). De acuerdo con el signo de los tiempos, y potenciando los inicios que vimos en el apartado anterior, el autor abraza de lleno los dogmas de la «humanización» e «impureza» literarias. Ahora vamos a encontrar al Miguel Hernández más personal y auténtico. Para él, la «impureza» nerudiana no se queda en postulado o fraseología; se vuelve vivencia y hermanamiento con el Cosmos y los animales, y ningún poema lo expresa de manera más gráfica que el tantas veces citado «Me llamo barro...». La sangre se*

vuelve un símbolo abarcador de la fuerza irresistible de los instintos naturales.

Dentro de ese proceso de rehumanización al que asiste la poesía de Miguel Hernández –y la del resto de poetas del 36, antes o después–, el amor es uno de los temas privilegiados, especialmente en algunos de los sonetos que integran la muestra. La poesía de Miguel Hernández alcanza en los sonetos de *El rayo que no cesa* una de sus cimas más altas. No en vano, fue Hernández quien inició de manera más decidida la evolución del clasicismo al romanticismo –«rehumanización»– dentro de la poesía del 36. Así lo ha visto, por ejemplo, Agustín Sánchez Vidal (1992: 55-56):

Sin embargo, ya en sus sonetos, y sobre todo en las composiciones más distendidas como «Un carnívoro cuchillo», «Me llamo barro...» o la «Elegía a Ramón Sijé» (que son las que vertebran el libro), se barrunta con claridad el Miguel Hernández de la «poesía impura» y de un erotismo más desinhibido y coherente con una cosmovisión propia que se va perfilando lejos de la tutela de Sijé y en la órbita de Pablo Neruda y Vicente Aleixandre. Cambio que se explica por la laboriosa gestación de El rayo que no cesa, *llevada a cabo en los años 1934 y 1935. Y si en el verano de 1934 está escribiendo para* El Gallo Crisis *y publica su auto sacramental, en el de 1935 su producción va destinada a* Caballo Verde para la Poesía *y escribe su drama* Los hijos de la piedra, *que será el arranque –aún dubitativo y contradictorio– de sus escritos de signo proletario.*

La generación del 36 tras la Guerra Civil

Con el final de la guerra, muchos de los miembros de la generación del 36 abandonaron España y continuaron su labor en tierras americanas; otros, en cambio, pasaron por las cárceles del franquismo. Aunque como grupo cohesionado solo permanecieran aquellos poetas que durante la contienda apoyaron al bando de los sublevados, en todos ellos –vencedores o vencidos– se produjo una introspección, y su poesía se recluyó en lo cotidiano. Así lo señala Alicia M. Raffucci de Lockwood en un artículo sobre la poesía de Luis Rosales: «La nueva dirección humana que refleja la poesía de Rosales corresponde a la sufrida por la poesía de Miguel Hernández y Arturo Serrano Plaja. Él mismo ha dicho recientemente que esta evolución hacia lo humano es característica común a todos sus congéneres» (1971: 490).

Uno de los casos más llamativos fue el de Miguel Hernández, quien, al final de su vida, trabajó en su famoso *Cancionero y romancero de ausencias*, un auténtico modelo de la introspección que hemos señalado arriba. Germán Bleiberg, que pasó gran parte de la década del cuarenta entre rejas, volvió, hacia el final de la misma, a publicar algunos libros de poesía como *Más allá de las ruinas* (1947), *El poeta ausente* (1948) o *La mutua primavera* (1948). En 1961, sin embargo, se marchó a Estados Unidos, donde trabajó como profesor. Su experiencia personal la ha relatado

Regreso de Jorge Guillén a Madrid en un paréntesis de su exilio (1951). Sentados, Gerardo Diego, Jorge Guillén, Vicente Aleixandre, Melchor Fernández Almagro y Dámaso Alonso; en pie, Germán Bleiberg, José María Valverde, Luis Rosales, Dionisio Ridruejo, Carlos Bousoño y Luis Felipe Vivanco (Foto de Nuño)

en el volumen de memorias *Historias de cautivos*.

Gabriel Celaya, otro poeta de la nómina del 36, evolucionó claramente hacia la poesía social, convirtiéndose en uno de los modelos de la misma. Durante la posguerra, publicó numerosos libros de poesía, como *Movimientos elementales* (1947), *Tranquilamente hablando* (1947), *Objetos poéticos* (1948), *El principio sin fin* (1949), *Las cosas como son* (1949), *Las cartas boca arriba* (1951), *Cantos iberos* (1955) o *De claro en claro* (1956).

El caso de Ildefonso-Manuel Gil, que se marchó a Estados Unidos para trabajar como profesor de literatura, es parecido al de Germán Bleiberg. Allí siguió publicando libros de poesía: *Versos del dolor antiguo* (1945), *Homenaje a Goya* (1946), *El corazón en los labios* (1947), *El tiempo recobrado* (1950), *Cancionerillo del recuerdo y de la tierra* (1951), *El incurable* (1957) y *Luz sonreída, Goya, amarga luz* (1972).

Miguel Hernández, por Eugenio Chicano

Juan Gil-Albert, que también estuvo exiliado, volvió en 1947 a España, donde era un auténtico desconocido para el público, situación que, en cierto modo, cambió al aparecer una antología de su obra, *Fuentes de la constancia* (1972), lo que permitió su recuperación a cargo de los pujantes novísimos.

Arturo Serrano Plaja se exilió tras la contienda; vivió en Francia, Chile, Argentina, otra vez Francia y, por fin, Estados Unidos, donde fue profesor en la Universidad de Santa Bárbara, en California. Siguió publicando libros de poemas durante el resto de su vida, y también en su caso asistimos a la interiorización del fenómeno poético: *Versos de guerra y de paz* (1945), *Les mains fertiles* (1947), *Galope de la suerte* (1958) y *La mano de Dios pasa por este perro* (1965). En este último libro se produce el descubrimiento del tema religioso, que lo asimila a aquellos poetas que permanecieron en España tras la contienda y a los que se conoce como «grupo Rosales» o de *Escorial* –el propio Rosales, Leopoldo Panero, Luis Felipe Vivanco y Dionisio Ridruejo–.

José Antonio Muñoz Rojas y Carmen Conde se reincorporaron al panorama cultural de la España de la posguerra. Carmen Conde publicó, entre otros libros, *Pasión del verbo* (1944), *Ansia de la gracia* (1945), *Honda memoria de mí* (1946), *Sea la luz* (1947), *Mi fin en el viento* (1947) y *Mujer sin edén* (1947). Algo parecido ocurrió con Muñoz Rojas, quien durante la posguerra publicó títulos como *Sonetos de amor por un autor indiferente* (1942), *Abril del alma* (1943), *Cantos a Rosa* (1955) o *Lugares del corazón* (1962), y que en años muy recientes ha conocido una notable recuperación literaria como último testimonio vivo de la generación del 36, hasta su muerte en septiembre de 2009.

Tras la contienda asistimos, por tanto, al renacer de las letras españolas, un proceso lento y, por las notorias diferencias

en el ambiente cultural entre los años treinta y cuarenta, considerablemente difícil. El panorama literario de la alta posguerra contribuyó, eso sí, a que culminara el proceso de rehumanización que los poetas del 36 habían emprendido en sus primeros libros. Esta idea la ha señalado perfectamente Raffucci de Lockwood: «En casi todos los poetas sobrevivientes que habían comenzado a escribir antes de la guerra, notamos el efecto de su experiencia en una nueva actitud de sufrimiento que aparece en el rechazo de la realidad circundante y en un refugio en la intimidad personal. El poeta se aísla en su experiencia y busca formas distintas y variadas de expresar la crisis» (1974: 25). Miguel Hernández, que estaba destinado a ocupar uno de los lugares destacados de esa promoción, sobrevivió apenas a la guerra y fue una de tantas víctimas de la inmediata posguerra. En este sentido, la del 36 fue una generación sacrificada, tal como ha planteado Guillermo Díaz-Plaja (1966: 179):

> *A mi juicio, nuestra generación fue una promoción sacrificada. Demasiado joven en 1936, nos sentimos, de pronto, demasiado viejos en 1939. Vimos caer derribados muchos de nuestros ídolos y nos agarramos desesperadamente al salvavidas de la supervivencia, con un intento primario y vegetativo de subsistir. Por otra parte, nuestros maestros –los de la decantada y esteticista generación de 1927– no solo no se mantuvieron en su altiva aristocracia estética, sino que se nos derribaron en los desafueros del existencialismo, cuando no del «pop-art». Nos quedamos, pues, desfasados, sin brújula y sin maestros, navegando como Dios nos dio a entender.*

Bibliografía

CARNERO, Guillermo, «Miguel Hernández y el cambio estético en la España de los años treinta», en C. Alemany (ed.), *Miguel Hernández*, Alicante, Fundación Cultural Caja de Ahorros del Mediterráneo, 1992, pp. 145-158.

DÍAZ-PLAJA, Guillermo, *Memoria de una generación destruida (1930-1936)*, Barcelona, Delos-Aymá, 1966.

GULLÓN, Ricardo, *La invención del 98 y otros ensayos*, Madrid, Gredos, 1969.

JIMÉNEZ MARTOS, Luis (ed.) [1972], *La generación poética del 36*, Barcelona, Plaza & Janés, 1987.

MATEO GAMBARTE, Eduardo, *El concepto de generación literaria*, Madrid, Síntesis, 1996.

OSUNA, Rafael, *Las revistas españolas entre dos dictaduras (1931-1939)*, Valencia, Pre-Textos, 1986.

PÉREZ GUTIÉRREZ, Francisco (ed.) [1976], *La generación de 1936: antología poética*, Madrid, Taurus, 1984.

RAFFUCCI DE LOCKWOOD, Alicia M., «Luis Rosales», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 257-258 (1971), p. 490.

– *Cuatro poetas de la «Generación del 36» (Miguel Hernández, Serrano Plaja, Rosales y Panero)*, San Juan de Puerto Rico, Universidad de Puerto Rico, 1974.

RUIZ SORIANO, Francisco, *Poesía de postguerra. Vertientes poéticas de la primera promoción*, Barcelona, Montesinos, 1997.

SÁNCHEZ VIDAL, Agustín, «Introducción» a Miguel Hernández, *Obra completa*, I, Madrid, Espasa Calpe, 1992, pp. 27-111.